

de 1854. Mi salud es excelente, querida madre; nada puede contra ella la fatiga, y es porque de vez en cuando se me alegra un poco el corazón. Anteayer, 5 de noviembre, derroté á los rusos en una batalla cerca de Inkermann, obligándoles á huir al galope más allá de los puentes del Tchernaiá. Al día siguiente el duque de Cambridge estaba en mi tienda, dándome gracias por haber salvado el resto de sus guardias, que sufrieron muchas pérdidas aquel día. Lord Raglan, que no tiene más que un brazo, me decía hoy, ofreciéndome su única mano, que quisiera tener varias para estrechar las mías. Proseguimos una de las empresas más temerarias que se han intentado desde el tiempo de las Cruzadas; pero es por la buena causa. Podéis orar todos por nosotros, y Dios nos ayudará; tenga entera fe en ello.»

«Diciembre 1854. Querida madre: he aquí mi aguinaldo; este año los rusos y el emperador me han ayudado á preparárete: es una estrella de gran oficial de la Legión de Honor, que acabo de recibir, y que coloco en tu chal con ayuda de Ana, como lo hacíamos en otro tiempo, según recordarás, con mi collar de comendador..... ¡Qué buenos soldados son estos chicos, á quienes conduje el 5 contra los batallones rusos! ¡Qué corazón, qué espíritu, qué destreza! Les basta una señal para comprender y herir.»

XXX

EL FIN DE 1854

El 21 de noviembre de 1854 el emperador escribió desde el palacio de Saint-Cloud al general Canrobert: «General: vuestro informe sobre la victoria de Inkermann me ha conmovido profundamente. Expresad en mi nombre al ejército toda mi satisfacción por el valor que ha desplegado, por su energía para soportar las fatigas y privaciones y por su afectuosa cordialidad con sus aliados. Dad gracias á los generales, á los oficiales y á las tropas por su valerosa conducta; decidles que deploro sinceramente sus males, así como las crueles pérdidas que han sufrido, y que mi más constante solicitud será dulcificar su amargura.»

La carta de Napoleón III terminaba así: «Si Europa ha visto sin temor á nuestras águilas, largo tiempo desterradas, desplegar ahora su vuelo tan majestuosamente, es porque sabe muy bien que combatimos tan sólo por su independencia. Si Francia ha recobrado el lugar que le corresponde, y si la victoria ha venido de nuevo á favorecer nuestras banderas, esto se debe, lo declaro con orgullo, al patriotismo y á la indomable bravura del ejército.»

El 22 de noviembre se hacían salvas en los Inválidos para anunciar la victoria de Inkermann.

En París no se veía entonces más que el lado bueno de la guerra, su aspecto brillante y caballeresco; se pasaban en silencio sus horrores y olvidábanse los torrentes de sangre derramada, sin tener en cuenta más que vagamente los terribles padecimientos sufridos por las tropas. Al escribir á las familias, los oficiales y soldados atenuaban la gravedad del mal para no afligirlas, y por otra parte, la tendencia de los ánimos era optimista. El ejército se consideraba dichoso porque había ascensos, los diplomáticos se enorgullecían por la importancia que la nación tomaba; los contratistas hacían grandes fortunas, y el comercio y la industria se aprovechaban de la guerra. En 1854, cuando se sacaba en la quinta un número bajo, todos los jóvenes acomodados que no tenían vocación por las armas buscaban su stituto sin que nadie pensara en censurarlos. El sentimiento democrático no estaba aún bastante desarrollado para que el privilegio de los ricos de sustraerse á la contribución de sangre suscitara protestas. Como la guerra de Crimea no era causa de sufrimientos más que para una minoría y se libraba en una región remota, no era motivo de alarma para los intereses de una

manera inmediata, ni perturbaba en modo alguno el magnífico aparato escénico del segundo Imperio, y hasta podemos decir que contribuía á su brillo.

Hoy día la conciencia del género humano se pronuncia contra la guerra. En 1854 se creía de buena fe que era una necesidad para los pueblos; pero ahora se comprende la frase de Pasteur, del sabio ilustre entre todos, que se calificó á sí propio de «un hombre que cree resueltamente que la Ciencia y la Paz triunfarán de la Ignorancia y de la Guerra, y que los pueblos se entenderán, no para destruir, sino para edificar.» En 1854, semejantes ideas parecían quiméricas.

Hoy día Francia se contentaría en Europa con el segundo lugar si Rusia ocupase el primero; mas en 1854 sus miras eran mucho más ambiciosas, y no aceptaba la supremacía de ninguna potencia. La guerra de Crimea parecía, pues, legítima, porque tenía por objeto anular la preponderancia de Rusia en Europa para que Francia ocupase el primer puesto. Si las lentitudes y las crueles peripecias de aquella guerra se hubiesen producido hacia fines del segundo Imperio, la prensa y la oposición las habrían explotado hábilmente contra el gobierno, y hubieran conseguido sin duda enervar y desanimar la opinión pública; pero en 1854 Napoleón III había quebrantado todas las resistencias, y su política extranjera no tenía detractores: hasta los partidos hostiles aprobaban la guerra de Crimea.

Desde el fondo de su prisión de Belle-Isle, el célebre revolucionario Barbés había escrito á uno de sus amigos, en 18 de septiembre de 1854: «Si te afecta un exagerado patriotismo, porque no haces votos por los rusos, yo soy aún más patriota que tú, porque ambiciono victorias para nuestros franceses. ¡Sí, sí, que batan bien á los cosacos allá abajo, y eso más ganaremos para la causa de la civilización y del mundo!... Desde Waterloo somos los vencidos de Europa, y para hacer algo bueno, hasta en nuestra casa, creo que es útil demostrar á los extranjeros que sabemos comer pólvora.»

Habiendo tenido conocimiento de esta carta Napoleón III, mandó insertarla en el *Moniteur*, que publicó al mismo tiempo otra, dirigida por el soberano al ministro del Interior en 3 de octubre de 1854, en la cual decía: «Un prisionero que conserva, á pesar de prolongados padecimientos, tan patrióticas ideas, no puede permanecer en la cárcel bajo mi reinado. Ordénesse, pues, ponerle en libertad al punto y sin condiciones.»

Fué en cierto modo necesario valerse de la fuerza para decidir á Barbés á aceptar la libertad, y no queriéndola en Francia, marchó á Holanda. Desde La Haya escribió á Jorge Sand en 22 de octubre de 1854: «He sido patriota desde mi cuna; niño aún, tuve un disgusto al saber la derrota de Waterloo, y mientras no se me demuestre que hay un país más adelantado que Francia, un país de mejores sentimientos y de mayor abnegación, á pesar de las faltas que puedan atribuirle, desearé que su bandera triunfe, sea cual fuere la mano que la lleve.»

En 1854 Rusia no estaba á la moda entre los partidarios de Napoleón III

ni entre los adversarios del emperador. Todas las simpatías republicanas y orleanistas se manifestaban en favor de Polonia, y tal vez no desagradaba á los príncipes de Orleáns ver los apuros del autócrata que había sido malévolo para su padre Luis Felipe. Por eso seguían con el más ardiente y patriótico interés las fases de una guerra en que se distinguían los antiguos compañeros de armas, de cuyos peligros y glorias sentían amargamente no poder participar. La duquesa de Orleáns, no menos francesa de corazón que sus cuñados, se hallaba entonces en Eisenach con sus dos hijos; alrededor de la mesa del te, cada cual hacía hilas para los heridos, y conmovía oír á los desterrados cuando decían: «nuestro ejército, nuestras valerosas tropas.» El joven conde de París conocía las torres y los fuertes de Sebastopol como si todo lo hubiera visto con sus propios ojos.

En cuanto á los legitimistas, aunque la alianza con Rusia hubiera sido para ellos popular, su actitud fué muy correcta, y agradecieron al gobierno que hubiera defendido los derechos de los católicos en la cuestión de los Santos Lugares. En resumen, podemos decir que durante toda la guerra de Crimea los Borbones de ambas ramas manifestaron sentimientos inspirados por el más puro patriotismo; y en cuanto á los desterrados, tan sólo recordaron una cosa: su calidad de franceses.

Al ver que sus mismos adversarios no le censuraban por una guerra considerada por la opinión pública de entonces como necesaria para el equilibrio europeo, Napoleón III se había persuadido de que sus tropas combatían por la causa del derecho, de la justicia y de la civilización; no cesaban de repetírselo así, y él mismo lo creía sinceramente, complaciéndole el ardimiento marcial que se manifestaba en Francia. «El emperador Napoleón, ha escrito el general de Barail, tenía la pasión del soldado, y no descuidó ninguna ocasión de estar en medio de las tropas..... De todas las instituciones del primer Imperio, la que debía seducirle más era, naturalmente, la guardia imperial, aquella magnífica guardia legendaria cuya aparición en los campos de batalla era suficiente para asegurar la victoria.» El emperador la resucitó á fines de 1854, dándole por lo pronto modestas proporciones desde el punto de vista numérico: un regimiento de guías, otro de coraceros, cuatro baterías, un piquete y dos batallones de gendarmería, dos regimientos de granaderos, dos de ligeros, un batallón de cazadores y una compañía de ingenieros.

El 27 de noviembre de 1854, el emperador pasó revista por primera vez á la guardia imperial nuevamente formada. La infantería se alineó á ambos lados de la gran avenida del jardín de las Tullerías, desde el palacio hasta la plaza de la Concordia; mientras que la caballería ocupó la avenida de los Campos Elíseos. Las tropas estaban á las órdenes del general de división Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, que mandaba la guardia, y de los generales Mellinet y Uhrich. El tiempo era magnífico. Admirábase á los guías con sus *kolbacks* y sus plumeros; á los granaderos con el uniforme á la francesa, el peto blanco y

las altas gorras de pelo; á los ligeros con el chacó de bellotas, que recordaban la guardia joven de Napoleón I, y los coraceros con sus grandes botas, el calzón blanco de piel y el casco de doble crin. Después de recorrer al paso el frente de las líneas, el emperador fué á situarse, para el desfile, delante del pabellón del Reloj. La emperatriz estaba en el balcón, y también presenciaban la revista lord y lady Palmerston, lord y lady Cowley y varias damas invitadas por la soberana. Al pasar por delante de SS. MM., las tropas proferían entusiastas aclamaciones. «Difícil fuera, decía el *Moniteur*, pintar el efecto producido por aquellos magníficos regimientos, cuyo marcial aspecto, no menos que el uniforme, recordaban la guardia imperial, de gloriosa memoria.»

Mientras que París se complacía en contemplar uniformes nuevos, brillantes y magníficos, en la meseta de Quersoneso se veían otros muy gastados, no sólo por la victoria, sino también por la lluvia, por la nieve y por pruebas de todo género. Las noches de Crimea eran largas y glaciales, y los días no eran menos lúgubres que aquéllas. Todas las calamidades afligían á la vez al ejército: el 14 de noviembre hubo un espantoso ciclón, tanto que ni los más viejos recordaban haber conocido otra tempestad semejante en aquella región, donde tan frecuentes son las borrascas. Jamás se habían desencadenado los elementos con tal furor: todas las tiendas fueron derribadas; todas las barracas se rompieron cual si fuesen de vidrio; el viento soplaba con furia y el trueno retumbaba de continuo. Algunas ambulancias, algo preservadas en barrancos, pudieron salvarse de la destrucción; pero en varias de ellas las barracas fueron arrancadas por el huracán, dejando de pronto á los heridos y enfermos expuestos á los torrentes de lluvia y al choque de la tempestad. Aquellos infelices proferían horribles gritos, y sin la abnegación de sus compañeros, que los transportaron á las pocas construcciones resguardadas, todos hubieran sucumbido. En las trincheras el agua se introducía á torrentes, y en el mar los destrozos eran aún mayores que en tierra. Jamás el Euxino había merecido mejor su mal renombre. En medio del mugido de las olas y del fragor del viento, oíanse las detonaciones del cañón de alarma, llamadas repetidas de numerosos barcos que pedían socorro. La marina mercante francesa perdió varios; dos buques de guerra, el *Henri IV* y el *Plutón*, encallaron cerca de Eupatoria, y muchos barcos ingleses se perdieron del todo. Después del ciclón vinieron las heladas, las nieves y el deshielo; y como nada se había previsto para una campaña de invierno, los sufrimientos de las tropas excedieron á cuanto se podía imaginar.

El eco del grito de dolor no llegaba hasta París. El general en jefe seguía presentando las cosas bajo el aspecto más favorable. El *Moniteur* del 12 de diciembre publicaba un informe dirigido por él al ministro de la Guerra, mariscal Vaillant, y cuyo contenido era el siguiente: «Nuestra situación mejora por todos conceptos. Los refuerzos llegan, y los regimientos de zuavos, así como todos aquellos que son originarios de Africa, presentan en particular un conjunto de los más satisfactorios. Nuestros abastecimientos han aumentado mu-

cho, y desde hoy me hallo en disposición de distribuir á las tropas una ración diaria de vino ó de aguardiente. Este es un punto muy importante, que evitará muchas enfermedades, preservando nuestro efectivo. Por otra parte, también recibimos ropas de invierno, y ya el capote con capucha y el gabán de piel de carnero predominan en nuestros campamentos. El soldado soportará noble y valerosamente la prueba de la mala estación al verse así objeto de nuevas atenciones que tanta solicitud revelan para su situación por parte del emperador y de su ministro.»

La conclusión del general Canrobert era esta: «Puedo aseguraros, señor mariscal, que el ejército adquiere rara solidez, y no podríais imaginar hasta qué punto nuestros jóvenes, curtidos de repente por la grandiosidad de la lucha, llegan á ser muy pronto veteranos. No habríais visto sin viva satisfacción filas enteras desplegadas permanecer tranquilas é inmóviles ante un fuego de cañón que, según me declaró lord Raglan, era superior al que había oído en Waterloo.»

Semejantes informes exaltaban el sentimiento nacional. Se observaba con optimismo la situación militar y la situación política, y el tratado que se firmó el 2 de diciembre en Viena entre Austria, Francia y la Gran Bretaña considerábase como un paso hacia la próxima paz. Por el artículo primero las tres potencias se obligaban á no aceptar ningún arreglo con Rusia sin haber deliberado antes en común; por el segundo el emperador de Austria se comprometía á defender la frontera de los principados danubianos contra la vuelta de las fuerzas rusas; y por el tercero estipulábase que si llegaran á romperse las hostilidades entre Austria y Rusia, el emperador Francisco José, el emperador Napoleón III y la reina Victoria se prometían mutuamente su alianza ofensiva y defensiva.

Lo que predominaba en París era un sentimiento de optimismo; no se había suprimido ninguna distracción ni placer, y todos los salones se hallaban abiertos. La estación mundana prometía ser muy brillante. En la Ópera la diva de moda, Sofía Cruvelli, triunfaba. El 21 de diciembre, aniversario del nacimiento de Racine, debía representarse en el Teatro Francés *Fedra* por la Rachel, y con este motivo leíase en el *Moniteur*: «La salud de la señorita Rachel exige todavía algún reposo. La gran actriz se había prometido no trabajar antes de la primera representación de la pieza de Scribe; mas desde el momento en que se ha reclamado su concurso en nombre de Racine, ni siquiera ha consultado sus fuerzas y ha querido desempeñar el papel de *Fedra*, el más terrible de todos los suyos. Entró en escena casi tan débil y perturbada como la misma *Fedra*; mas apenas le fué necesaria la fuerza, la encontró en su increíble energía. La presencia del emperador y de la emperatriz aguijoneaba más aún su valor.» El 22 de diciembre se representaba en el Teatro Italiano por primera vez *Il Trovatore*, de Verdi, que producía gran entusiasmo en el público, y aclamábase á la delicada y poética Frezzolini.

El 26 de diciembre Napoleón III abría el congreso legislativo en las Tu-

llerías, en la sala de los Mariscales, y su discurso produjo mucha impresión. «Un gran imperio, decía, rejuvenecido por los sentimientos caballerescos de su soberano, se ha separado de la potencia que hacía cuarenta años amenazaba la independencia de Europa. El emperador de Austria ha firmado un tratado, defensivo hoy, ofensivo tal vez mañana, que une su causa con la de Francia é Inglaterra.»

Después de celebrar la alianza inglesa, Napoleón III añadió: «Uníos á mí en esta ocasión solemne para dar gracias aquí al Parlamento, en nombre de Francia, por su demostración cordial y afectuosa, así como también al ejército inglés y á su digno jefe, por su valerosa cooperación. El año próximo, si la paz no se ha restablecido aún, espero poder dar las mismas gracias al Austria y á esa Alemania, cuya unión y prosperidad deseamos.» ¡Ay, en qué condiciones debía realizarse un día la unión de Alemania!

Seguía después un elogio, bien merecido, de las tropas de Crimea. «El ejército de Oriente, dijo el emperador, lo ha soportado y vencido todo hasta hoy: la epidemia, el incendio, la tempestad, las privaciones, una plaza defendida por formidable artillería de mar y tierra, dos ejércitos enemigos superiores en número; nada ha podido debilitar su valor ni contener su ímpetu. Cada cual ha cumplido noblemente con su deber, desde el mariscal, que parecía obligar á la muerte á esperar que él hubiese vencido, hasta el soldado y el marinero, cuyo último grito al morir ha sido una aclamación para Francia y para el elegido del país. Declaremos, pues, juntos que el ejército y la escuadra han merecido bien de la patria.»

Napoleón III terminaba así su discurso: «La lucha que se sostiene hoy, circunscrita por la moderación y la justicia, inspira tan poco temor respecto á los intereses, que muy pronto se reunirán aquí todos los productos de la paz de las diversas partes del globo. Los extranjeros no podrán menos de admirar el sorprendente espectáculo de un país que, contando con la protección divina, sostiene vigorosamente una guerra á seiscientas leguas de sus fronteras, y que desarrolla con igual energía sus riquezas interiores; un país donde la guerra no impide á la agricultura y á la industria prosperar, á las artes florecer, y donde el genio de la nación se revela en todo cuanto puede constituir la gloria de Francia.»

El 30 de diciembre el emperador pasó revista en el patio de las Tullerías á todas las tropas, comprendiendo el ejército de París al mando del mariscal Magnán. La emperatriz presenciaba la revista en el balcón de la sala de los Mariscales.

Al día siguiente, 31 de diciembre, hubo una gran revista en Crimea. El 1.º y 2.º cuerpos y el de observación del ejército recibieron con este motivo las recompensas tan noblemente merecidas por la bravura, el trabajo y la disciplina. El general de Montebello, ayudante de campo del emperador, había llevado al comandante en jefe un decreto que le autorizaba á proveer vacantes has-



Francisco José I, emperador de Austria

Retrato hecho en 1851

ta el grado de jefe de batallón ó de escuadrón, á hacer nombramientos y promociones en la Legión de Honor, y á conferir la medalla militar. Varias veces el sonido de las músicas guerreras fué dominado por el estruendo del cañón de los rusos. «Esta revista, pasada en presencia del enemigo, escribió un testigo ocular, el general Fay; esas recompensas distribuídas á intrépidos soldados en una tierra donde tantos debían morir, esas aclamaciones de nuestras tropas, mezclándose con el sordo estampido del cañón de la plaza, todo, en fin, comunicaba á la distribución de recompensas un carácter de grandiosidad que impresionó vivamente á nuestros aliados, produciendo una noble emoción en todos aquellos que tomaron parte en el acto.» Los generales Forey y Bosquet distribuyeron las cruces, cada cual para su cuerpo de ejército, en nombre del general en jefe. El general Bosquet puso él mismo la cruz sobre el pecho del abate Stalter, capellán militar. Después el general Canrobert recorrió las filas y dió gracias á las tropas en nombre de Francia y del emperador. Así es como en París y delante de Sebastopol terminó el año 1854 con revistas y músicas.

XXXI

LA MUERTE DEL EMPERADOR NICOLÁS

Todas las angustias patrióticas y religiosas de Rusia se concentraban en el alma de su emperador, quien, así como todo el pueblo ruso, consideraba la guerra contra los turcos y sus aliados como un deber sagrado, como la lucha de la Cruz contra la Media Luna. Las pruebas por que pasaba la *Santa Rusia* con dolían su corazón, y sufría igualmente como hombre, como soberano y como cristiano. Un reinado de treinta años, que hasta entonces no había sido más que una serie de brillantes triunfos, terminaba con catástrofes.

Diplomáticas ó militares, todas las previsiones del emperador Nicolás acababan de quedar frustradas por los acontecimientos. El tsar contemplaba con asombro la Europa y no la reconocía. Había creído que el reinado de Napoleón III no sería más que una dictadura efímera, mal acogida por las potencias, y este soberano dirigía contra Rusia el concierto europeo.

Había tenido la convicción de que era imposible una alianza entre los vencidos y los vencedores de Waterloo, y veía producirse una inteligencia cordial entre Inglaterra y Francia.

Había creído que, salvado por él en 1849, el emperador de Austria le sería siempre fiel, y este monarca, aliado diplomático de las dos potencias occidentales, le había obligado á evacuar los principados danubianos, que en otro tiempo se hallaban bajo su protectorado.

Había contado con la fidelidad absoluta de su cuñado, el rey de Prusia y de las potencias secundarias alemanas, á las cuales consideraba como vasallos, y su neutralidad era más favorable á Francia y á Inglaterra que á Rusia.

Había creído que las tropas turcas no resistirían á las suyas, y en todas partes las primeras opusieron la más enérgica resistencia.

Se había persuadido de que un desembarco en Crimea, en la segunda quincena de septiembre, era cosa imposible, y el desembarco se verificó sin dificultad.

Pasando así de una sorpresa á otra, y por una serie de amargas decepciones, el tsar estaba profundamente triste; mas en esta tristeza no había debilidad ni desánimo ni remordimientos. Todos se decían que si Sebastopol caía, el emperador no por eso perdería su energía: *Impavidum ferient ruinae*. La fortuna le era contraria; pero resistía sus golpes con indomable tenacidad. Convencido en